

Pedro Henríquez Ureña y el *Repertorio Americano*

Julián González Zúñiga
Instituto de Estudios Latinoamericanos
Universidad Nacional, Costa Rica



Resumen

La revista *Repertorio Americano* reunió a una serie de pensadores latinoamericanos que fomentaron la creación de ideas que permitió y permite conocer el sentir nuestroamericano. Pedro Henríquez Ureña, pensador dominicano, emitió una gama de pensamientos críticos y humanistas que enriquecen la cultura latinoamericana. La riqueza de su pensamiento surge de las actividades culturales y sociales realizadas en diferentes países: Chile, México, Cuba, etc. Su obra debe ser conocida por su visión integral, además pone como pilares de la sociedad la educación y la literatura, al igual que don Joaquín García Monge.

Palabras claves: educación, cultura, sociedad, pensamiento humanista.

1. Semblanza

Nació en 1884 en Santo Domingo, República Dominicana, y murió en 1946 en La Plata, Argentina. Hijo de la conocida poeta Salomé Ureña de Henríquez. Obtuvo su doctorado en filosofía y letras. Se desempeñó como profesor en la Universidad de México y en la de Minnesota. Colaboró en las más prestigiosas revistas de América y España. Considerado un gran crítico y humanista, así como filólogo, cultivó la prosa y llegó a ser un verdadero erudito.

Junto con Alfonso Reyes, Antonio Caso y otros intelectuales de la época, formó parte del Ateneo de la Juventud, en México, desde 1906. En este foro, escritores y pensadores de este país reaccionaron contra la doctrina positivista oficial y buscaron reorientar los valores intelectuales hacia el pleno desarrollo de la personalidad del individuo, lo que muestra su espíritu crítico e inquieto.

Aunque refinado poeta, su trascendencia reside en su obra ensayística y crítica, fundamental para la cultura latinoamericana, sobre todo para el ámbito literario, al ser

uno de los primeros en aportar una visión de nuestra literatura como unidad.

Estudios, ensayos, textos periodísticos, cátedras, conferencias, labores editoriales y producción literaria constituyen el legado de su trajinar por Cuba, México, España, Chile, Argentina y Estados Unidos.

Su paso por México dejó huella. Primero, como activista del Ateneo de la Juventud y luego como estudiante de la Universidad Nacional, donde se graduó de abogado en 1914. Además, participó en la fundación de la Escuela de Altos Estudios, convertida luego en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1960, el Fondo de Cultura Económica hizo una prolija recopilación de sus trabajos bajo el título de *Obra crítica*.

El doctorado en letras lo obtuvo en la Universidad de Minnesota, en 1919, año en que comenzó a formarse como filólogo al lado de Ramón Menéndez Pidal, en España, mientras que en Argentina –donde fijó su residencia– colaboró con Amado Alonso, en el Instituto de Filología de Buenos Aires, en labores de investigación, editoriales, de docencia y de crítica. Dirigió para la Editorial Losada dos textos clásicos: *Las cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal* y *Las cien de las mejores poesías castellanas*.

Henríquez Ureña se distinguió por un estilo riguroso y culturista, propio de su época, en el que prevalecen la síntesis y la observación aguda, al lado de la sencillez y la erudición. Su visión de la literatura la-

tinoamericana sentó bases para su estudio y todavía hoy se consulta como autoridad en el campo.

Su obra es vasta y parte de ella fue publicada luego de su desaparición física, en un esfuerzo e interés por reconocer su valor:

Ensayos críticos (1905)
Horas de estudio (1910)
Tablas cronológicas de la literatura española (1913)
Versificación irregular en la poesía castellana (1920)
En la orilla: Mi España (1922)
Seis ensayos en busca de nuestra expresión (1928)
La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo (1936)
Gramática castellana I y II (con Dámaso Alonso, 1938 y 1939)
Plenitud de España (1940)
Literary currents in Hispanic America (1945)
Historia de cultura en la América Hispánica (1949)
Las corrientes literarias en la América Hispánica (1949)
Obra crítica (1960)

Los títulos señalados muestran la variedad de intereses y de inquietudes culturales de Henríquez Ureña, cuya obra literaria propia se reúne en dos libros: *Los cuentos de nana Lupe* (1966) y *Poesías juveniles* (1949)

Henríquez Ureña: Aproximación a García Monge y relación con el *Repertorio Americano*.

En una primera aproximación a estas dos figuras, observamos la cercanía de sus años de nacimiento: el dominicano nace tres años después que el costarricense, aunque fallece doce años antes. Juntos recorrieron la primera mitad del siglo XX y desde muy jóvenes incursionaron en el ámbito de la cultura como precoces escritores en el campo narrativo: Henríquez Ureña con sus *Cuentos de nana Lupe* y García Monge con *El Moto*. Ambos, a su vez, truncaron su carrera literaria para dedicarse al campo de las ideas, donde fecundó su obra excepcional: García Monge deja de escribir en 1917 para consagrarse por entero a un magno proyecto gestado en un viaje a Nueva York, la revista *Repertorio Americano*, y la edición de libros para la niñez y la juventud costarricenses. Henríquez Ureña estudia, viaja y escribe ensayos y tratados, artículos y comentarios, enseña en las universidades y con su palabra certera lo hace también en la tribuna de prestigiosas revistas y reconocidos periódicos de América.

Ambos creen en la educación como medio de transformación de los hombres y las mujeres. García Monge acoge en su *Repertorio Americano* las ideas más actuales sobre el tema, mientras que Henríquez Ureña plasma su visión sobre la enseñanza de la literatura y los idiomas.

Este recorrido juntos se concreta desde los primeros números del “Repertorio”, donde Henríquez Ureña suscribe diversas colaboraciones entre artículos, notas,

comentarios, citas, epístolas, desde 1920 hasta el año de su desaparición, 1946. Sesenta y nueve textos conforman el corpus de su obra en el *Repertorio Americano*, muchos de ellos escritos para la revista; otros publicados en periódicos y revistas y enviados a donde don Joaquín; otros más, reproducidos por el editor García Monge de reconocidas fuentes como: *Revista de Libros* y *Revista de Filosofía Española* (Madrid); *El Universal* y *El Mundo* (México); *Renovación*, *Nosotros* y *La Nación* (Argentina); *La Opinión* y *Revista de Educación* (República Dominicana); *La Reforma Social* (Nueva York); *El Figaro* (Cuba). Estas revistas y periódicos constituían los vasos comunicantes de una América joven que buscaba la renovación y la ruptura con los viejos esquemas de la oligarquía conservadora; una joven y vigorosa América que miraba el espacio con respeto y que sabía rendir el culto necesario a los clásicos universales, sin cubrirse la mirada ante lo autóctono.

Así se forjaba y se forjó la visión de mundo y el ideario de García Monge, Martí, Hostos, Vasconcelos, Alfonso Reyes, Mariátegui, Rodó, Ingenieros y Henríquez Ureña, quienes en su mayoría llenaron con su tinta las páginas del “Repertorio”.

Ya se ha dicho que la revista *Repertorio Americano*, en sus casi cuarenta años de vida, fue ventana al mundo desde este pequeño punto de las Américas. Resulta muy significativo que al conmemorar el sexagésimo aniversario de la muerte del Maestro Pedro Henríquez Ureña, repasemos su presencia en la revista y marquemos su vinculación con el otro maestro: Joaquín García Monge. No es casual que don

Joaquín compartiera con él sus inquietudes, sin manifestarlo expresamente, como siempre actuó: con una actitud consensual expresada en el silencio discreto, o bien en la epístola breve; o, por el contrario, en el discurso vehemente. Sabemos también que García Monge realizó una labor silenciosa como editor del “Repertorio”; no se hizo llamar director, ni utilizó el tono autoritario en su papel de productor cultural. Acogió centenares de voces y la de Henríquez Ureña destacó por sus claras posiciones.

En “La cultura y los peligros de la especialidad”, su primera presencia en la revista (I, 13, 1920: 202-204), se pregunta qué pudieron enseñar los Estados Unidos—desde 1850— a los hombres de Nuestra América en cuanto a la educación democrática. Aquí analiza cómo ha evolucionado el sistema educativo en ese país y cuáles son los problemas del especialismo en la educación secundaria y en la superior.

Este texto fue publicado primeramente en Nueva York y concluye con la seria recomendación de no perder de vista “nuestra orientación latina... y la noción clara de que cada disciplina esencial tiene su lugar necesario... en el programa de cultura que deben cubrir las escuelas” (p.204).

Durante su estancia en los Estados Unidos, Henríquez Ureña conoció mejor que otros este gran país, al punto de poder aquilatar lo bueno y lo malo de la pujante sociedad capitalista.

Los siguientes dos ensayos de Henríquez Ureña en la revista están relacionados con los Estados Unidos. Estamos en el período de auge del antiimperialismo norteamericano, cuando aparecen en el panorama literario costarricense dos novelas de temática nacionalista: *El problema*, de Máximo Soto Hall, y *La caída del águila*, de Carlos Gagini. En “La doctrina peligrosa” (VII, 4, 1923: 49,51) critica las sucesivas doctrinas



Homenaje a Henríquez Ureña en la Universidad Nacional en 2006

Monroe que cada gobierno estadounidense establece cada cierto tiempo. En “El hermano definidor” (VII, 6, 1923: 81) preconiza el papel de México en las nuevas relaciones políticas, después de Estados Unidos, cuyo liderazgo se agrava cada día.

El lugar de México en Henríquez Ureña adquiere dimensiones muy grandes. Había estudiado en ese país, antes de partir a los Estados Unidos, y había desarrollado estrechos vínculos con otros jóvenes intelectuales mexicanos. Es bien reconocida su amistad con Alfonso Reyes. En 1923 aparecen en el “Repertorio” tres encomiables estudios. “Miniaturas mexicanas” (VII, 2, 1923: 15, 18-19) es un amplio “collage” en el que pinta retazos del México de entonces para encontrarle su alma indígena. “Diego Rivera” (VII, 5, 1923: 74) ofrece una semblanza del entonces joven artista, “uno de los hombres esenciales de la pintura moderna”. En “Arte mexicano” (VII, 3, 1923: 41-43) defiende la labor del pintor Adolfo Best Maugard, creador de una técnica de dibujo autóctono conocida como “sistema Best”, por medio de la cual los escolares aprendían a dibujar, que los maestros anclados en la tradición europea se negaban aceptar.

Preocupado por dar a conocer la obra de grandes escritores, ya desaparecidos y también contemporáneos suyos, Henríquez Ureña presenta a “José Moreno Villa” (I, 20, 1920: 310-311), escritor español que García Monge publica en su colección *El Convivio*. A la par surgen “Martí” (XXIII, 3, 1931, 33-34), el poeta “Salomón de la Selva” (XXI, 10, 1930: 155-157), “Alfonso Reyes” (XV, 22, 1927: 337-340), “Góngora 1627-1927”

(XV, 4, 1927: 57-59), “La obra de Juan Ramón Jiménez” (I, 15, 1920: 236-238). “Dos escritores de América” (XI, 6, 1925: 89-90) trata sobre Francisco A. de Icaza (mexicano radicado en España) y Federico García Godoy (dominicano). Además, hace la crítica a “Un libro de Sanín Cano” (XIII, 1, 1926: 11) y comenta a José María de Heredia, cubano, en “Heredia y los pinos del Niágara” (XXIV, 8, 1932: 124).

Su marcado interés por la literatura y su afán de dar a conocer la obra ajena encuentran diversas expresiones en la palabra del dominicano. Tal es el caso de la “Biblioteca literaria de Santo Domingo, compilada por Pedro Henríquez Ureña” (XIX, 9, 1929: 138-140; XIX, 10, 1929: 149-150; XIX, 11, 1929: 174-175), en la que divulga lo más reciente y destacado de las letras de su país: historia, lenguaje, cultura, historia literaria, antologías, revistas, periódicos y tratados históricos. En este amplio trabajo, Henríquez Ureña asoma su pasión por la cultura, su erudición y el amor por su país, a la par de un afán bibliófilo muy similar al de García Monge.

La revista ofrece una sección miscelánea titulada “Tablero”, la cual incluye diversas notas y breves comentarios, así como cartas, citas y direcciones de escritores. Se trata de una tribuna abierta a un conglomerado de voces. Aparece una cita de Henríquez Ureña sobre la obra poética de Wordsworth (XVIII, 1, 1929: 13); su valiosa opinión sobre el estudio serio y metódico de los idiomas, poniendo énfasis en la importancia de desarrollar la destreza en la lectura, sin menosprecio de la posibilidad de hablar en esa lengua. Henríquez Ureña es citado por García

Monge en referencia al teatro de Lope de Vega (“Tablero”, XVII, 3, 1928: 48).

Como colaborador de la revista, escribe una sección llamada “En la Orilla”, donde mezcla temas de diversa índole: política, literatura, arte. Posicionado desde la orilla, a la distancia que la prudencia aconseja, Henríquez Ureña relee la opinión de José Enrique Rodó sobre los Estados Unidos en *Ariel* y habla del poeta estadounidense Carl Sandburg (V, 27, 1923: 357). En otro contexto, así se expresa:

Toda opinión política, tanto teórica como práctica, se apoya en una de estas dos tesis: una, -los bienes de este mundo no alcanzan para toda la humanidad, y lo único que hacer es entregarlos en privilegio a los escogidos; otra, -los bienes de este mundo deben alcanzar para todos los hombres. (XI, 5, 1925: 77)

En una “Noticia de libros”, Henríquez Ureña comenta extensamente a Jorge Luis Borges a propósito de la reciente publicación de *Inquisiciones* y dice: “...es de esperar que Borges aprenda a quitar sus andamios y alcance el equilibrio y la soltura” (XVI, 14, 1928: 214).

García Monge creó una sección dentro de su revista con el sugestivo título “¿Qué

hora es...?”, dedicada muy particularmente al campo de la enseñanza y a los maestros y las maestras; un epígrafe motivador diferente encabeza cada vez la página, donde Henríquez Ureña tuvo amplio espacio para difundir sus ideas. En éste se anuncia con alborozo la publicación de la obra de Narciso Binayán y Pedro Henríquez Ureña, *El libro del idioma (Lectura, Gramática, Composición y Vocabulario)* y la *Guía* para su uso; así mismo, se produce el prólogo, dirigido expresamente a los maestros: “Alentamos la ilusión de que este libro... puede ser útil en la escuela como instrumento didáctico, y provechoso como factor de cultura” (XVI, 15, 1928: 236). En otros números de la revista, en este mismo apartado “¿Que hora es...?”, Henríquez Ureña diserta sobre “La inconveniencia de los exámenes espectaculares, restos de la Edad Media” (XXIV, 13, 1932: 206), así como sobre “Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común” (XXVI, 17, 1933: 262-263; XXVI, 18, 1933: 286-287) y dice: “¿Cómo habremos entonces de enseñar literatura en nuestras escuelas secundarias? Del único modo posible: poniendo al estudiante en contacto con grandes obras” (p. 286).

Tres profundos ensayos refuerzan cuál era el interés literario de Henríquez Ureña, cuáles eran sus inquietudes estéticas y su búsqueda de una estilística y una retórica



propias para la literatura en castellano. Por un lado, escribe “En busca del verso puro” (XIII, 13, 1926: 205-206); por otra parte, habla “De la prosa castellana” (V, 2, 1922: 24-26); a su vez, discurre acerca de la “Poesía contemporánea” (XXX, 21, 1935: 332-333). Estos tres documentos no serían suficientes para constituir un corpus estético, pero sí para encaminar u orientar un estudio de las ideas estético-literarias de Henríquez Ureña.

España es otra de las pasiones del dominicano, quien vivió en ese país y amó su cultura. En una breve nota al editor del “Repertorio” (“No confundamos”, XX, 7, 1930: 102), critica la confusión que suele darse en América respecto a la ciencia filológica en España. En otra misiva enviada desde Minnesota al mismo editor, sale “En defensa de la Revista de la Filología Española” (II, 14, 1921: 189). De México envía a la revista la “Introducción al libro “Mi España” (IV, 28-29, 1922: 400), que produce el prólogo de su propio libro: “Reúno en este volumen páginas diversas sobre España, con la esperanza de que, a través de ellas, se perciba la unidad que descubro en las cosas españolas”.

Mención especial merecen las participaciones de Henríquez Ureña en relación con el destino de América y su anclaje en su pasado europeizante, que muchos defienden como única raíz y como marca del porvenir. En este sentido, escribe un extenso ensayo que resume su pensamiento americanista: “El descontento y la promesa; en busca de nuestra expresión” (XIII, 22, 1926: 340-343), donde analiza nuestra independencia literaria, el problema del idioma, el criollismo, el afán europeizante,

la energía nativa, nuestra ansia de perfección y concluye: “Pero no quiero terminar en tono pesimista. Si las artes y las letras no se apagan, tenemos derecho a considerar seguro el porvenir” (p. 343). En la línea del texto anterior, publica “Patria de la Justicia” (X, 23, 1925: 357-358), que empieza con una grave sentencia: “Nuestra América corre sin brújula en el turbio mar de la humanidad contemporánea” (p.357); así mismo, defiende que el ideal de la justicia está antes que el de la cultura, y concluye con una incitación: “Entre tanto, hay que trabajar...” (p.358).

“Nunca como ahora necesita la América Latina normas, orientaciones, nuevo espíritu, definición de su vida propia. Nunca como ahora necesitan dirección –en particular- las nociones tropicales de América, las desorganizadas, las amenazadas”. Con esta advertencia y este llamado, arranca su ensayo “Orientaciones” (VI, 9-10, 1923: 130-131), donde plasma sus mayores inquietudes sobre el porvenir americano en la tesitura del momento.

Siempre preocupado por nuestra identidad y por los valores humanos en que se sustenta el futuro de América Latina, ofrece una conferencia en inglés en la Universidad de Minnesota el 6 de abril de 1921, que el “Repertorio” reproduce en la versión española del propio conferenciante, con un extenso título que resume los temas abordados en esa ocasión: “El Dr. Henríquez Ureña en la Universidad de Minnesota. Las islas del Mar Caribe y la Doctrina Monroe. –Puntos de la conferencia dada en inglés ante el Club de Relaciones Internacionales” (II, 24, 1921: 346-347).

“Casa de apóstoles” (XXX, 11, 1935: 173-175) es un elaborado análisis del descubrimiento y la conquista de América, en el contexto de la orden de los dominicos instalada en América desde el siglo XVI; la casa de los apóstoles es la metáfora del convento que albergó a aquellos frailes y el lugar de donde salieron los primeros escritores (i.e. Fray Alonso de Cabrera, Fray Alonso de Espinosa).

En “La lengua de Santo Domingo” (II, 1, 1920: 11-12) arremete contra las erróneas percepciones del español de la Isla Española, en una publicación de Meyer-Lübke de 1901 en la que éste afirma que el negro-español es la lengua de la isla.

Un curioso texto aparece en la revista, “El hombre que era perro” (XI, 11, 1925: 164-165), en el que Henríquez Ureña narra una historia de misterio y fantasía que le contaron durante un viaje. Aquí se ponen en evidencia su destreza en el manejo de la técnica narrativa y su calidad de cuentista.

En el plano epistolar, hay varios comunicados de Henríquez Ureña para don Joaquín García Monge, tales como notas de gratitud por los envíos de libros (II, 20, 1921: 279), práctica que el editor realizaba con otros escritores e intelectuales. También emite opiniones y le da sabios consejos sobre la revista (“Carta y programa a un tiempo”, IV, 14, 1922: 185): “el **Repertorio** puede ser un instrumento formidable de unificación, de construcción, si ataca el problema hispano-americano en todas sus partes”, análogas sugerencias que en otra carta le envía Moisés Vincenzi, intelectual costarricense radicado en México

e interlocutor entre García Monge y Henríquez Ureña.

Para concluir, se extrae del “Repertorio” una misiva de Pedro Henríquez Ureña al editor de la revista, para así sellar simbólicamente el vínculo que unió a ambos americanistas:

La Plata, 16 de mayo de 1928.

Mi querido García Monge:
Al recibir sus dos últimos **Repertorios** (...) he sentido una emoción nueva (...): siento que hemos despertado. Siento que he disipado la modorra. Hace días venía pensando en escribir (...) sobre nuestra América española y su inercia espiritual y material (...). Pero de pronto me ha vuelto la fe. Hay que trabajar, aunque nos estorben los inertes, aunque los malévolos traten de atarnos las manos. (“Siento que hemos despertado”, XVI, 23, 1928: 362)

Textos de Pedro Henríquez Ureña en *Repertorio Americano*, 1920-1946

Se presentan los títulos de los escritores de Henríquez Ureña no mencionados en el desarrollo de este trabajo, para completar la lista de 69 documentos que constituyen su presencia en la revista.

“Raza y cultura” (XXVIII, 1, 1934: 3-5)
“El modo estrófico de los cantares y decires de Rubén Darío” (XXVIII, 9, 1934: 143)
“En mi tierra” (XXIX, 20, 1929: 331-333)
“Camino interior” (XXXI, 14, 1936: 213)
“Bernard Shaw” (XXXI, 17, 1936: 257-

259; XXXI, 19, 1936: 296-299; XXXI, 21, 1936: 325-327)
“Don Ramón del Valle Inclán” (XXXI, 18, 1936: 284-285)
“El maestro de Cuba” (XXXI, 20, 1936: 304-305)
“Un maestro” (XXXII, 23, 1936: 361)
“Chesterton” (XXXII, 2, 1937: 24-27)
“Varia” (XXXIII, 13, 1937: 199; XXXIV, 9, 1937: 134; XXXIV, 17, 1937: 262-263; XXXVII, 17, 1940: 269)
“In memoriam. Genaro Estrada” (XXXV, 6, 1938: 90)
“Anécdota” (XXXV, 24, 1938: 374)
“Otros testimonios” (en coautoría con Leopoldo Lugones) (XXXVII, 22, 1940: 349)
“Esta carta” (XLI, 16, 1945: 252)
“Que sobreviva y que se reanime” (XLII, 10-11-12, 1946: 178)

Bibliografía

- Aboubrek, Aarón y Esther Herrera (1991) *Diccionario de escritores Hispanoamericanos*. México: Larousse.
- Echevarría, Evelio (1983) *Índice general del Repertorio Americano*. 10 vols. San José: EUNED.
- García Monge, Joaquín (ed.) (1919-1958) *Repertorio Americano*. Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, X, XI, XIII, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXIII, XXIV, XXVI, XXVIII, XXIX, XXX, XXXI, XXXII, XXXIV, XXXV, XXXVII, XLI, XLII. Costa Rica.
- Sainz de Robles, Federico Carlos (1973) *Ensayo de un diccionario de la literatura*. Tomo II. “Escritores españoles e hispanoamericanos”. 4ª ed. Madrid: Aguilar.